



## EL Dr. GERMAIN y LA R.P.G.A.

---

**JOSÉ LUIS PINILLOS**  
Profesor Emérito de Psicología.  
Universidad Complutense de Madrid

El Dr. Germain, "el patrón", era un malagueño fino, de ascendencia y formación francesa -de joven había estudiado filosofía en París -, nada envarado, pero resistente a la confianza fácil. Sabía mantener las distancias sin perder la afabilidad en el trato, y poseía el difícil arte de ser un aconversador ameno, un verdadero *causeur*, a la par que un observador tan perspicaz como discreto. Charlar con él era agradable, y viajar con él, una auténtica delicia. Exquisito en sus gustos y aficiones, no sólo intelectuales, tenía presencia. Vestía bien, con pulcritud, pero no intentaba llamar la atención. Su ascendencia francesa se le notaba en muchos detalles, pero quizá sobre todo en su afición a la buena cocina. El patrón entendía de vinos -tenía a gala ser Gran Maestro de los Catadores de Burdeos-, y los saboreaba con placer, aunque siempre con una moderación epicúrea. Mariano Yela y yo le acompañamos muchas veces en sus excursiones por España y en sus viajes al extranjero, que eran frecuentes. Puedo dar fe de que era un buen *gourmet*, que lo mismo conocía a Cándido en Segovia que al imponente maestro de ceremonias que partía con gran pompa y circunstancia el *roastbeaf* en el *Simpson* de Londres.

Germain tenía muy buenos amigos por donde quiera que fuese, y no sólo en el campo profesional, donde por su puesto le conocía y estimaba todo el mundo. Era, como digo, un hombre sociable, refinado en sus maneras, al que todo el que llegó a conocerle no pudo menos que estimar. Por profesión y por carácter, Germain estaba muy bien relacionado y a través suyo conocí a muchos personajes de la psicología de aquella época: Piaget, Leóntiev, Festinger, Emilio Mira y no sabría decir cuántos más. De hecho, fue él quien me puso en contacto con Eysenck cuando a mi vuelta de Alemania andaba perdido, sin saber en que árbol ahorcarme. Germain facilitó mi admisión como becario en el *Maudsley Hospital* de Londres, y me relacionó con la *crème* de la psicología europea de aquel tiempo. Eso me salvó.

A Germain, sin embargo, la guerra del 36 le había torcido la vida, como a tantos otros hombres de su generación: por ejemplo, a su amigo Lafora. Muy pronto tuvo que exiliarse, igual que su cuñado Sánchez Román, y a su regreso a España se le extravió la tesis doctoral que le

había dirigido Bartlett en Cambridge. Ese percance fue uno de los factores, no el único, que truncó su posible vida académica en nuestro país. Al volver a España, fue acusado de masón, depurado políticamente y depuesto de sus cargos en Sanidad y en el Instituto de Psicotecnia, del que había sido Director y fundador. En más de una ocasión le oí contar cómo durante el interrogatorio a que le sometieron con motivo de su depuración, el director general de turno, médico como él, en vista de que no encontraba cargos de suficiente peso para destituirle, le preguntó por último: "Pero Vd. era cuñado de Sánchez Román, ¿no?". A lo cual Germain, mientras se levantaba de la silla, le respondió: "Lo era y lo sigo siendo". Luego, al cabo de algunos años de ostracismo, Germain fue nombrado Director del Departamento de Psicología Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y algún tiempo después volvió a ocupar su puesto como Director del Instituto. Durante esa última etapa de su vida profesional, consiguió muchas cosas para la psicología española, entre ellas, un edificio de nueva planta para el Instituto Nacional de Psicología Aplicada y Psicotecnia que, sin embargo, fue "descontinuado" pocos años después, lo mismo que acabó sucediendo con el Departamento de Psicología Experimental, otra de sus obras predilectas.

Sin embargo, no todo desapareció a su muerte: sus desvelos no fueron inútiles. Por fortuna, sobrevivieron algunas de sus empresas importantes, como por ejemplo la Sociedad Española de Psicología y la Revista de Psicología General y Aplicada, que era la niña de sus ojos, y cuyo 50 aniversario conmemoramos ahora felizmente. De la Sociedad Española de Psicología fui uno de los fundadores y sucedí a Mallart como secretario durante dos o tres años, creo. La Revista, como digo, tenía prioridad en los desvelos del patrón, que era muy tenaz y logró siempre sacarla adelante, con la ayuda de Aguirre, el impresor. Por las tertulias de la Revista desfilaron psicólogos de los más significativos. Recuerdo, valga el ejemplo, la visita de G. A. Kelly, el autor de la famosa teoría de los constructos personales, que nos regaló a cada uno de los contertulios una regla de cálculo con su nombre, que aún conservo.

Uno de los colaboradores más eficaces de Germain fue el veterano José Mallart que, entre otras muchas cosas, hacía reseñas de los libros que se recibían por intercambio en la Revista, y que eran muy apreciados porque entonces las publicaciones de fuera escaseaban. De hecho, esa fue una de las mejores fuentes de información con que contaron los psicólogos de habla española durante los años de la postguerra. Yo colaboré también con cierta asiduidad en esta tarea, y aún me acuerdo que un día Germain me encargó con gran interés el comentario de un libro de Zangwill, el Director del Departamento de Psicología de Cambridge, que era buen amigo suyo y conocido mío. Por alguna razón que mi censura interior se ha encargado de reprimir, la reseña no llegué a escribirla nunca o, en todo caso, jamás la publiqué. Germain me preguntó dos o tres veces por ella, pero al ver que pinchaba en hueso se limitaba a recordarme de vez en cuando, a ser posible delante de alguna otra persona, cuánto le había gustado a Zangwill mi reseña de su libro. La Revista, en fin, fue todo un acontecimiento, un factor decisivo para la recuperación de la actividad psicológica española truncada por la guerra. En sus páginas aparecieron las figuras más destacadas de la Psicología de entonces, junto con los trabajos de los nuevos psicólogos españoles -Yela, Siguán, Secadas, Ubeda, Pertejo y tantos otros, yo incluido-, que hacíamos con entusiasmo lo que buenamente podíamos para poner de nuevo en marcha lo que la guerra había interrumpido. Realmente, insisto, la Revista desempeñó un papel decisivo en el desarrollo de la nueva Psicología española, y eso conviene que las generaciones jóvenes lo sepan. De ahí que la publicación de los Índices de la Revista, que facilitarán de ahora en adelante su manejo, constituya un acierto.

Con Germain, en suma, tiene contraída la psicología española una deuda impagable, máxime si se tiene en cuenta que el reconocimiento de su obra recayó en gran medida sobre sus herederos, esto es, sobre la generación que él había contribuido tanto a formar, y de la que quedamos ya muy pocos. A este respecto, tengo la sensación de que los últimos años de su vida, ya enfermo y con poca gente alrededor, debieron de ser un poco amargos. Yela y yo

íbamos cuando podíamos a verles, a él y a Encarna, su mujer, que a veces se quejaba de que su marido hubiese descuidado su profesión de psiquiatra por atender a la psicología. Así fue, en efecto, y ello nos obliga aún más a rendir a su figura el permanente homenaje que le debemos.

Como tantas veces ocurre, Germain no fue profeta en su tierra. Fue fuera de España donde tuvo su reconocimiento mayor. Lo he contado alguna vez, pero no me importa hacerlo de nuevo. Ya próximo a la jubilación, el Dr. Germain fue nombrado presidente de la Asociación Internacional de Orientación Profesional. Su presidencia culminó en un Congreso memorable y en una apoteósica Sesión de Clausura en la ciudad de México. Para terminar su alocución presidencial, Germain parafraseó con voz entrecortada unos versos de Machado:

*"Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!,  
que era Méjico lo que tenía  
dentro de mi corazón".*

Fue una de las ovaciones mayores que he escuchado en mi vida. Los aplausos del público, puesto en pie, atronaron la sala del Congreso durante mucho tiempo, mientras el Patrón, ya viejo, trataba de contener las lágrimas. Ahora que duerme para siempre, espero que esos aplausos sigan sonando dentro de su corazón.